

el instinto a la inteligencia, y sobre todo, exaltar en el más limpio y desmalezado de los caminos a la emoción...

NI POR MAR, NI POR TIERRA..., de Miguel Serrano.—Editorial Nascimento, 1950.

Libro polimorfo, misceláneo. Ha sido consciente propósito del autor la reunión de géneros disímiles: conatos de ensayos, de novelas, relatos y cuentos, prosas líricas, exaltaciones épico-panteístas, vagas profecías oscuras y capitosas. Y luego vetas dispares y aún encontradas de inspiración: lo subconsciente y lo objetivo diurno y diáfano, el sustancial amor de la tierra y la embriaguez del símbolo, un querer nuestras cosas americanas y un no desear o un no atreverse a quererlas, un entendimiento enamorado de lo inmediato doméstico y un desamor y despego de la carnadura de la experiencia que pudieran hacerlo sospechoso de platonismo (si no fuera Nietzsche el que quema la entraña de buena parte de esta prosa que empina su adolescencia hacia el super-hombre...).

Obra a menudo como el anillo de Gyges, nos hace presumir la presencia de Serrano, para en seguida birlárnosla. Hay aquí el drama que señala la paradoja de Kierkegaard en toda hondura personal, cuya angustia nace para el danés del hecho simplísimo de que cada uno «quiere ser el que es y no serlo». En efecto, las alteraciones del autor de «Ni por Mar, ni por Tierra» son tan iteradas y bruscas, que no existe en el libro más unidad que la temperatura y limpieza estilísticas.

Es cierto que América nos tiene acostumbrados a estas heterogeneidades. Bastaría nombrar al «Facundo» en Argentina y a los «Recuerdos del Pasado» y las «Arenas del Mapocho» en nuestro país. Pero faltan en ellas muchas notas que en ésta sobran, de las cuales no es precisamente la menor la acuidad o agudeza estimativa, la estirpe de crítico.

Introduzcamos algún orden.

Serrano dice que esta es la Historia de una Generación. En rigor no sabemos de qué generación se trate, si hemos de atenernos a la sentencia bíblica de «por sus frutos lo conoceréis...» Pero es que aquí se halla lo interesante. Serrano es pesimista, se duele del fracaso generacional. Aunque cante loores al apóstol que para él es Barreto, siempre se plañe de que éste no haya hecho más que abocetar una actitud, por lo demás dispersa, insegura, difuminada. Y malograda, finalmente.

La maestría de Barreto no deja de ser nefasta en esencia. Les contaba cuentos de «fantasía», haciéndolos olvidarse de que la suprema fantasía era la realidad que estaban viviendo, las cosas que solicitan ser comprendidas en el comercio cotidiano. Deshumanización apoética, pero con pujos y pruritos violentos de arte: he aquí el mal de que aparece atacada la generación de Serrano. Pero el joven autor tiene brújula cierta, posee impulso, y al diapasón de Nietzsche siempre, afirma que basta con que sea uno el que llegue. Y no es difícil adivinar quién sea...

A la invertebrada difluencia fantástica, al despego de lo concreto, se suma el designio de erigirse en el oráculo de nuestros avatares, de nuestras metamorfosis de joven pueblo sujeto a una tierra de porvenir trágico y tremebundo. Cuando Serrano lo pronostica, adquiere un patetismo y un hieratismo que nos hace recordar las antiguas voces paganas del culto de Orfeo.

Lo leemos con agrado siempre. Aunque disintamos de raíz. Es un escritor, lo que no parece poco, en verdad.

Pero volvamos para estimar algo importante, el epígrafe: «Ni por mar, ni por tierra encontrarás el camino que lleva a la región de los eternos hielos». Es de Píndaro. Se cumple para el lector, porque aunque Serrano haya llegado a la Antártida y sea el propósito de este libro referirnos el viaje, no logramos sino quedar en los inicios, los preparativos y disposiciones, que ya comienzan en las primeras páginas, para recomenzar en la última. Este primer tomo es sólo un conjunto de digresiones. Con las trescientas noventa y ocho páginas difluentes de este libro,

Serrano sí ha trazado el perfil de lo que llama su generación. Un intento de perfil.

Hay trozos de antología.

Cuando el autor toca tierra nos encontramos con relatos tan valiosos como el del ciego del mar (p. 275), que padeció atroz castigo por matar a los lobeznos que «tenían las guatitas temblorosas como las de las guaguas». O el del viejo Carmelo, grotesco y equívoco, achulado y con voz de falsete: finge a unas bailarinas descocadas, cuyas efigies atesora celosamente el patrón en su retiro del campo, y lleva su infamante comedia hasta el frenesí, al punto de que hay que hacerlo callar y echarlo del cuarto poco menos que a palos (p. 255). O aquel otro de la cacería de la liebre, que estamos a pique de llamar magistral (p. 259).

Aquí apunta el prosista enérgico y fino que es Miguel Serrano. Este es el filón cierto, la veta rica. La pluma esplende con raro señorío. Son seis páginas éstas del relato de «La Liebre» (259-265) que colocan al autor de «Ni por Mar ni por Tierra» entre los primeros prosistas de Chile.

En suma: Ojalá que nuestro autor no se nos vaya, no pierda el contacto de las cosas. ¿Tendremos que recordarle a él—cultor decidido de lo pagano—el mito de Hércules y de Anteo? Anteo pereció por falta de contacto con su madre, Gea, exactamente como perecerán todas las literaturas que carecen de esa humildad trascendental con que empieza el «Quijote», libro de una sola parte, y por lo mismo, del mundo: «En un lugar de la Mancha...»

Los últimos títulos de la obra: «El trigo», «La madera», «El copihue», «Los helechos», «Donde las papas se pudren», «Los quesos de Quilán» frente a «El continente desaparecido», «Los huesos de la Lemuria», «La brújula del alma está marcando el Sur» y «La transfiguración del paisaje», cifran con exactitud el drama literario y existencial del autor de «Ni por Mar ni por Tierra». Este drama consiste en la permanente evasión de las cosas. Serrano es un artista de gran calidad, que se em-

peña en no serlo, para transformarse en profeta o en no sabemos qué.

Instantes hay en la obra en que nos parecen holgar las amonestaciones, pues Miguel Serrano exhibe pasta de crítico. Cuando juzga a su egregio tío Vicente Huidobro, por ejemplo, en cuya estirpe poética no confía.

Pues bien, como le habríamos recomendado al propio Vicente Huidobro (si hubiera sido tiempo y hubiese querido dejar de escucharse para escucharnos desde nuestro rincón personalísimo de modestia), en arte es necesario decidirse por algún lugar, mientras más pequeño y humilde mejor, «aunque no queramos acordarnos de su nombre».

De modo que Miguel Serrano tiene una ancha vía abierta para su fino talento, pero tiene que ser Por Mar y Por Tierra...

DESTIERRO, de Julio Moncada.—Ediciones *Helios*, Montevideo

Este poemario enviado en marzo, nos llegó hace pocos días. Su autor pasó dos años en Uruguay, por manera que el título es producto de la añoranza.

Como en su primer libro, *Las Voces*, encontramos dos bien delimitadas: una agraria, subjetiva, suave, y otra de intención social reivindicatoria.

Nos atenemos francamente a la primera, porque filia al poeta y le es fiel. Nos han agradado en especial tres composiciones: «Regreso a un tiempo» (p. 13) y «Honra fúnebre a Luis Mejía» (p. 51), en tercetos, y el soneto «Así construimos el día» (p. 37).

Es raro en esta hora de teorizaciones poéticas encontrarse con un lirida ingenuo, transparente, puro. Con un poeta que sea leal a sí propio y cante «como un hilo de agua clara sobre una huerta». Con esa eficiente pulcritud de un hilo de agua clara sobre una huerta...

En sus buenos tiempos, nuestro paisano Juvencio Valle